

IN MEMORIAM: CARLOS CASTILLA DEL PINO (1922-2009)



Carlos Castilla del Pino en 2004

Por aquel entonces yo tomaba por dioses o, por lo menos, semidioses, a todos aquellos cuyo nombre aparecía como autor en la portada de un libro, como le ocurría al narrador del cuento *Enoch Soames*. Después algunos – la mayoría - se han descabalgado, otros, en cambio, se han mantenido en mi imaginario Olimpo, como Don Carlos Castilla del Pino. El Don es un tratamiento ahora en desuso pero que antaño tenía un profundo sentido. Corría (¿plácidamente?) el curso 74-75 en el Campus de Somosaguas, donde yo estudiaba primero de Psicología. La otra facultad era la de Económicas. Entonces allí (“en el destierro”) no había nada más. Decían que nos habían juntado porque los economistas, entonces, eran “muy rojos” y alguien pensó que la compañía de los psicólogos podría atemperarles y que, supongo que más importante, cualquier algarada sería más fácil de reprimir en aquel lugar aislado. Una tarde que nos dedicábamos a pasar el tiempo sin mucho que hacer, gracias a las repetidas y justas huelgas de los penenes, un compañero nos dijo que Castilla daba una conferencia en la facultad de al lado. No recuerdo exactamente el título de su comunicación, sé que tomé algunas notas que estarán en el cajón de las pequeñas cosas, y que oí por primera vez la metáfora de Freud sobre que los tres golpes más importantes en la historia al narcisismo humano: Copérnico-Galileo al afirmar que la Tierra no ocupa el centro del Universo, Darwin al sugerir que el ser humano no es el centro de la creación sino un producto más de la evolución de las especies, y el propio psicoanálisis al mostrarnos que no somos los dueños absolutos de nuestro psiquismo y comportamiento sino que en realidad nos arrastran las motivaciones inconscientes. Terminaba Castilla reflexionando sobre los males que aquejaban a nuestra sociedad española de entonces como consecuencia

de la falta de libertades y del capitalismo descontrolado. Fruto de mi afán de notoriedad y de mi ingenuidad, a partes iguales, le hice una pregunta en el debate posterior: ¿Cree usted que estos problemas se resolverían con la Revolución? Acaso pensó que una pregunta en apariencia tan simple encerraba una trampa, pues dudó unos segundos, quizá estuvo tentado de preguntarme a qué revolución me refería, con lo que me habría hundido en la confusión y el temblor de voz, pero se limitó a afirmar que “¡Sí, claro!”. A la salida se oyeron rumores de que los grises estaban tomando el Campus pero creo recordar que se trataba de una falsa alarma.

Yo no sabía que Castilla del Pino era miembro del Partido Comunista de España o, para ser más exactos, pensaba que todo intelectual crítico con la dictadura era, de forma mágica, afiliado o simpatizante del PC, salvo que proclamara su pertenencia a alguna organización más izquierdista. Sus libros formaban parte significativa de la dieta básica con la que me alimentaba por entonces y que incluía mucho Freud y bastante literatura. Leí con interés y creo que bastante provecho *Un Estudio sobre la Depresión, Cuatro Estudios sobre la Mujer, La Culpa o Sexualidad y Represión*. Algún tiempo después devoré los dos tomos de su *Introducción a la Psiquiatría* y me llena de nostalgia saber que ya nunca podré disfrutar del tercero que, según tengo entendido, habría versado sobre cultura y psiquiatría. No obstante, las dos obras que considero que tendrán un influjo duradero son *Dialéctica de la Persona, Dialéctica de la Situación* y su *Introducción a la Hermenéutica del Lenguaje*. No he llegado a leer sus *Fundamentos de Antropología Dialéctica* – ni otros muchos libros, claro está – pero su concepción de la antropología dialéctica me parece uno de los fundamentos esenciales de la psicología y de las ciencias sociales tal como las entendemos desde nuestra perspectiva del psicoanálisis relacional. Era un erudito del psicoanálisis aunque no se presentara propiamente como psicoanalista, por lo que me sorprendió la actitud de crítico distanciamiento hacia él que observé en algunos colegas psicoanalistas.

Nunca he llegado a tener una relación personal, digamos “real” con este andaluz gigante, pero no dejó de ser una presencia constante en mis años de formación así como de muchos otros trabajadores de la “salud mental”. Cinco años después tuvo lugar el segundo “encuentro”. Ya en la Democracia a algún lumbreras se le ocurrió colocar la Feria del Libro en un edificio de la antigua Feria del Campo, en la Casa de Campo, en lugar de su lugar “natural” en el Retiro. Y allí me encontré a un solitario D. Carlos dispuesto a dedicar libros a los lectores inexistentes. A parte de la preceptiva dedicatoria le pedí que me informara qué pasos debía seguir para estudiar con él. Me respondió amablemente – pero muy serio, no me imagino a este hombre riendo – que era fácil ponerse en contacto con su grupo de estudio y con el Dispensario de Córdoba. Yo ya estaba en formación en Madrid con el Dr. Nicolás Caparrós y su grupo y, en cualquier caso, la fobia no me habría permitido desplazarme a la bella ciudad andaluza.

He de confesar, con la mala conciencia de todo lector ambicioso, que a partir de los años noventa no le he vuelto a leer, si bien he seguido con interés sus colaboraciones en prensa y sus, escasas, apariciones televisivas. Sé que en algún momento próximo dedicaré un tiempo a los dos tomos de su autobiografía, así como a la biografía de Luis Martín Santos, que recientemente ha publicado José Lázaro. Por otra parte, hace ocho años – quién lo diría – compré su ensayo *Teoría de los Sentimientos* pero lo dejé de lado cuando sospeché que se decantaba por una teoría de las emociones incompatible con mis nociones. Uno ya tiene su “pequeño” orgullo de autor.

Carlos Castilla del Pino nació en 1922 en San Roque, provincia de Cádiz, y murió en Córdoba capital en 2009. Estudió en colegios religiosos y cursó medicina en la Universidad Central de Madrid. Comenzó destacando con relevantes investigaciones experimentales en neurología. Intelectual crítico con la dictadura, no llegó a ostentar cargos académicos de importancia hasta muy tarde, en gran parte por el veto de López Ibor. Insistió en los aspectos sociales y políticos que subyacen en el desarrollo de la enfermedad mental. En la última parte de su vida gozó de los reconocimientos que antes se le habían regateado llegando a ser nombrado, entre muchas otras cosas, académico de la RAE en 2004, de la que fue a despedirse poco antes de su fallecimiento porque sabía "que le quedaba poco tiempo".

Su autor más admirado y ejemplo de vida fue Santiago Ramón y Cajal. Ofrezco el siguiente fragmento de una entrevista que le hizo Justo Serna en el año 2003:

Cajal es una figura fundamental en mi vida. Es mi "sujeto ideal" (en el sentido del "yo ideal" de Freud). Todo lo de él me resultaba sugestivo: su modo de estar en aquella España de ¡hace 120 años!, su teoría del patriotismo, su idea del magisterio, su naturalidad para enfrentarse sólo a lo racional; y después, aquellas anécdotas que oía de él a gente que las había vivido de lejos o de cerca: Cajal en el café Prado, frente al Ateneo, leyendo absorto algún tebeo a los ochenta años; la conversación con el gran Penfield a través de un biombo, porque le era imposible dejarse ver ya en sus últimos días; las últimas páginas que manuscibió horas antes de morir.

Publicada en Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo, núm. 11 (2003), págs. 67-75.

Carlos Rodríguez Sutil